

Diccionario de teologías del Tercer Mundo

Virginia Fabella & S. Sugirtharajah (Dirigidos)



Fabella - Sugirtharajah (dirs.)

DICCIONARIO DE TEOLOGÍAS DEL TERCER MUNDO

408 págs., 19,10 €

Este diccionario quiere traer a primer plano las preocupaciones y cuestiones teológicas que afectan al Tercer Mundo. Los autores

107 teólogos y teólogas de los cinco continentes han procurado destacar el contexto histórico, social y teológico en el que hunden sus raíces los distintos temas y señalar cómo difieren del uso occidental.

J. J. Tamayo - J. Bosch (eds.)

PANORAMA DE LA TEOLOGÍA LATINOAMERICANA

684 págs., 23,85 €

Aquí se recoge el itinerario teológico y vital de los siguientes teólogos, entre otros: Aquino, Arce, Assmann, Cl. Boff, L. Boff, Dussel, Ellacuría, Dos Anjos, Gebara, Gutiérrez, Hinkelammert, Irarrázabal, Levoratti, Lucchetti, Maccise, Mo Sung, Navia, Oliveros, Pixley, Potter, Richard, Rocha, Scannone, Segundo, Da Silva, Sobrino, Tamez, Trigo.



10 palabras clave sobre LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA

Pablo Richard (dir.) 10 PALABRAS CLAVE SOBRE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA

360 págs., 15,90 €

Medellín, Puebla y Santo Domingo (Ronaldo Muñoz); Los obispos de Medellín (José Comblin); Mártires (Jon Sobrino); Pobres (Pedro Trigo); Biblia (Pablo Richard); Espiritualidad (José María Vigil); Vida religiosa (María Carmelita de Freitas); Mujer (Margot Bremer); Catolicidad del pueblo (Diego Irarrázabal); Testimonios (Julio Cabrera Ovalle, Pedro Casaldáliga, Antonio Batista Frago).

J. J. Tamayo PARA COMPRENDER LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

304 págs., 16,60 €

La teología de la liberación es la primera gran



corriente de pensamiento cristiano nacida fuera del Primer Mundo con señas de identidad propias. Se desarrolla como teología orgánica de las comunidades de base y de los movimientos cristianos proféticos, y reconoce la capacidad creadora de los pobres, de la base eclesial.



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41, Estella (Navarra) Tel.: 948 55 65 11 • Fax: 948 55 45 06 E-mail: evd@verbodivino.e Internet: www.verbodivino.es

Con Dios y sin Dios (5)

Sigue la serie sobre el libro de González Faus e Ignacio Sotelo



TONI COMÍN

Acabamos nuestra entrega anterior con la siguiente conclusión: la consecuencia práctica de la fe es que libera la libertad humana de sus egoísmos que, como diría Weil, son la gravedad de la "física del espíritu". El alma que, sabiéndolo o no, ama a Dios verdaderamente se va asemejando a Dios poco a poco. Y como Dios ama a todos, es el amor a la vez universal y gratuito, el alma que cree en Él debería sufrir una modificación en su natural gravedad. Debería encontrar en ese amor gratuito hacia todos y hacia todo su vocación última, el sentido de su existencia.

Este amor universal y gratuito es la fraternidad —ese concepto de raíz cristiana que la Ilustración supo recuperar y hacer suyo. La fraternidad —o, dicho en moderno, la lucha por la justicia social—, por lo tanto, la prueba del nueve de la fe. Es la expresión práctica de la fe, que, en verdad, es su única expresión posible. Sólo Dios sabe si creemos en Él o no. Lo que está en nuestras manos es luchar por las víctimas, los perdedores, los pobres, los más débiles. Acometer las luchas a las que la fraternidad nos empuja.

También en nuestras manos está decidir si esta lucha es o no una consecuencia de la fe en Dios —ese Dios amoroso hasta el extremo de sacrificarse a sí mismo para hacer posible la existencia del mundo. Aunque esto en principio es lo de menos. Sin embargo, podría ser que, al fin del camino, descubramos que la fe es un fundamento o una inspiración imprescindible de la fraternidad. Podría ser que creer en un Dios que nos ama gratuitamente sea condición necesaria para amar gratuitamente al mundo y a los hombres. O al menos para hacerlo sostenidamente, comprometidamente, sin desfallecer. Podría ser que para amar sea necesario, antes, secretamente, sentirse amado.

Desde su agnosticismo decía Sotelo en una de sus cartas cruzadas: "Conviene no olvidar una historia tenebrosa, de fanatismo y crueldad, vinculada a la idea de Dios, pero existe también otra de solidaridad y apertura, en fin, de entrega al otro, que hay que poner en relación con la idea de un Dios Padre que nos ama, y por sentirnos amados, somos capaces de amar". Tan contingentes somos los seres

humanos, que sólo somos capaces de amar si antes hemos vivido la experiencia de ser amados.

Por esto, para el agnóstico, al final si Dios existe es porque, aun estando ausente, hay personas bien presentes, históricas, reales, que se comportan de acuerdo con el amor de Dios. Personas que transparentan a Dios y lo hacen presente en la historia. Escribe Sotelo: "Conozco algunas personas a las que admiro y respeto que creen en Dios. He observado que su fe les marca de una manera profunda, otorgándoles una libertad, fuerza y generosidad que me deslumbraba. Si Dios no existe ¿de donde vienen entonces estos efectos? Ni en la naturaleza ni en la historia percibo el menor rastro de su existencia. A Dios únicamente lo diviso en la fe del creyente, fe que me resulta inexplicable, pero alguno de cuyos efectos no dejan de asombrarme. De alguna forma, Dios existe, me digo, mientras haya quienes crean en Él".

Bellas palabras, para un agnóstico. Los testigos de Dios son la mayor prueba de su existencia. Es así y así ha sido siempre. No son los fieles en la liturgia, ni los que dicen creer en él, los que nos pueden hacer dudar, cuando nos sentimos agnósticos, sobre la muy seria posibilidad de que Dios exista, sino aquellos que se comportan de una manera que va contra la entropía elemental del alma humana. Aquellos que, confesándose creyentes o no, se comportan a la manera de Dios. Estos son los que resquebrajan el escepticismo agnóstico y nos hacen considerar la muy seria posibilidad de que la fe "tenga razón".

Aquellos cuya "libertad, fuerza y generosidad", como escribe Sotelo, nos deslumbran. Y que nos inquietan, porque no sabemos de dónde proceden su libertad, su fuerza y su generosidad. ¿Será que, sabiéndolo ellos o no, vienen de Dios? Porque parece difícil creer que el ser humano, hecho de barro, pueda sacarlas de sí mismo. En nuestro corazón, decíamos en la primera entrega de nuestras reflexiones, está inscrito el "deseo de Dios". Este es el inicio del camino creyente. Pero su final está ante nuestros ojos: son los testigos, aquellas "pruebas de Dios" que aparecen cuando menos nos lo esperamos. Y que, casi, nos obligan a la esperanza. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE